

DOS CABALGAN JUNTOS (AUNQUE DUERMEN SEPARADOS)

José Antonio Corrales y Ramón Vázquez Molezún en sus casas propias

Cristina Tartás Ruiz

Universidad Politécnica de Madrid, Departamento Ideación Gráfica (2012), Madrid; España, ctartas@guriditartas.es

Rafael Guridi García

Dr. Arquitecto, profesor del Departamento de Proyectos Arquitectónicos de la Universidad Politécnica de Madrid, España,

RESUMEN

Desde su asociación en 1952, José Antonio Corrales y Ramón Vázquez de Molezún desarrollan una larga y fructífera carrera conjunta, que no obstante mantenía sus respectivas autonomías, como muestra su configuración doble-nuclear de sus respectivos estudios de la calle Bretón de los Herreros en Madrid, adosados espalda contra espalda pero independientes entre sí. Esta relativa independencia se manifiesta en unos proyectos tan representativos para todo arquitecto como son las casas que ambos diseñan para sí mismos. Construidas en un intervalo de apenas 9 años y a partir de premisas muy diferentes (residencia temporal en un caso, permanente en otro), ambas casas ponen de manifiesto la existencia de un campo de intereses compartidos, como no podía ser menos, pero también la muy diferente perspectiva desde las que son abordadas.

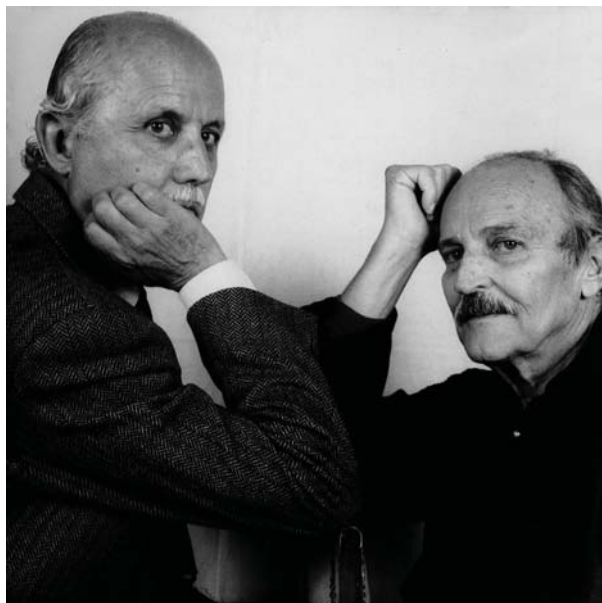
La casa que José Antonio Corrales construye para sí mismo y su familia en 1976 en Aravaca (Madrid) se desarrolla a partir de un número limitado de decisiones iniciales, desarrolladas con una lógica implacable. Es una casa seca, de un radical elementarismo —“yo creía que era elemental y barata, luego no fue así”, señalaba con posterior sinceridad el arquitecto— con el recurso a soluciones directas, de repertorio industrial (como el solado de madera chapada desmontable, revisable y accesible para instalaciones, o el empleo de tablero de encofrados en contraventanas). Sin embargo, este pretendido elementarismo no oculta una gran riqueza y complejidad espacial y programática: tras una fachada engañosamente muda dictada por la obligada distancia de retranqueo, se oculta una emocionante secuencia de espacios en cascada.

Nueve años antes, en 1967 (mismos guarismos), Ramón Vázquez de Molezún empieza el primero de sus diseños para una casa de vacaciones en Bueu (Pontevedra). Es una casa mínima, de apenas 70 metros cuadrados de vivienda, edificados sobre los muros de piedra de un antiguo aljibe de una fábrica, que se mantiene. Como en un auténtico “*work in progress*”, Molezún trabajará en la casa toda su vida, desde la concepción y volumetría general (realiza hasta dos proyectos de modificación y ampliación), hasta el diseño de sus más mínimos detalles, sujetos a constantes revisiones. Frente al carácter más deliberadamente artificial y abstracto de la de Corrales, la casa de Molezún propone una relación más abierta y flexible con la naturaleza, una naturaleza amable característica de las Rías Baixas, donde el mar llega a ocupar ocasionalmente el territorio de la casa. Carente de muchas de las más elementales dotaciones (agua, red de saneamiento, calefacción), la casa parece diseñada para ser habitada de una manera más desinhibida e informal. A falta de comodidades, su autor se pasó las temporadas en que la habitó ideando y construyendo con sus manos un sinfín de *gadgets* increíblemente ingeniosos para solucionar problemas muy específicos, en una actitud a medio camino entre un eremita y un *homo faber* émulo de Robinsón Crusoe.

Por encima de las diferencias y necesidades determinantes de cada proyecto, estas casas de José Antonio Corrales y Ramón Vázquez de Molezún constituyen un retrato cabal de ambos autores, tan cercanos... tan distantes.

Etiquetas: Casa Corrales, Aravaca, Casa Molezún, Bueu.

**DOS CABALGAN JUNTOS (AUNQUE
DUERMEN SEPARADOS)
José Antonio Corrales y Ramón Vázquez
Molezún en sus casas propias**



José A. Corrales y Ramón Vázquez Molezún” (f. Javier Esteban)

1. Juntos / separados

José Antonio Corrales y Ramón Vázquez Molezún comienzan su relación profesional conjunta en 1952, una andadura que escribirá alguna de las mejores páginas de la arquitectura española de la segunda mitad del siglo XX. Como suele ser frecuente en las parejas, su capacidad de coordinación no venía dada por su afinidad sino más bien contrariamente, por su diferencia.

El propio Corrales se refería frecuentemente a Molezún como a alguien del que le separaba todo, menos la arquitectura: “*Ramón y yo éramos muy afines en cuanto a la arquitectura, pero teníamos caracteres muy distintos*”;¹ Efectivamente, todo un mundo separaba al metódico, laborioso y madrugador Corrales del apasionado, impulsivo y noctámbulo Molezún. Sin embargo, tal y como el propio Corrales señala, “*(...) cuando teníamos un concurso, nos sentábamos frente a mi tablero, porque yo dibujaba más rápido. Y teníamos tal penetración que en dos o tres horas de trabajo nos liquidábamos el planteamiento*”.²

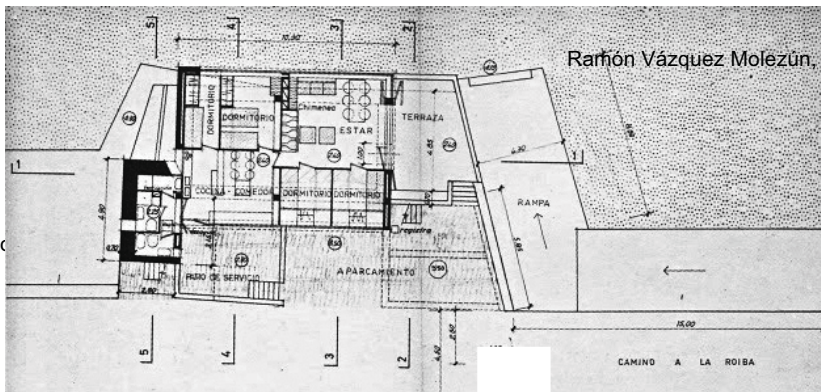
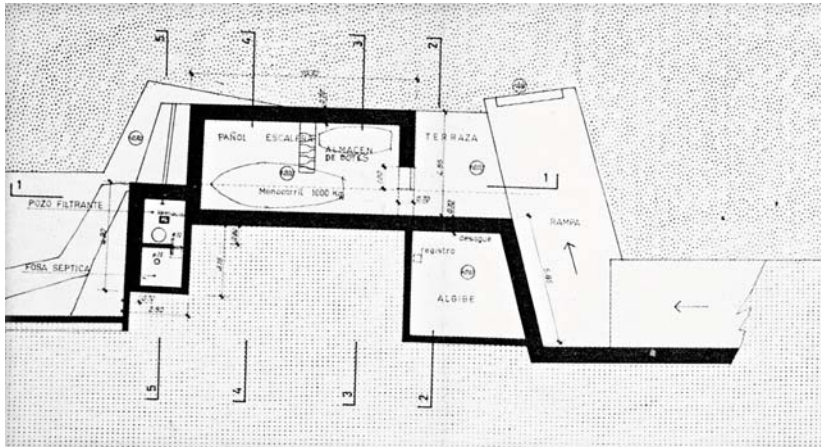
Coherentemente con sus diferencias vitales, en 1953 la sociedad se instala, no en un estudio compartido sino en sendos estudios contiguos, apenas separados por un tabique, aunque con accesos separados desde el exterior, en la calle de Bretón de los Herreros de Madrid. Juntos, pero independientes. “*Si hubiésemos tenido el estudio juntos habríamos acabado muy mal*”, señalaría el propio Corrales.³ Balzac señala en la “*Comedia Humana: Fisiología del matrimonio*” que los matrimonios verdaderamente apasionados duermen en dormitorios separados, ya que cada noche es una conquista. En el matrimonio –profesional– de Corrales y Molezún, rige idéntico principio: “*en cada concurso se establecía si de nuevo lo hacíamos juntos o no*”.⁴

A finales de la década de los 60 y principios de los 70, el reconocimiento profesional y su posterior consagración les llega de la mano de obras como el *Centro de enseñanza de Herrera del Pisuegra* (1954), la *casa Huarte* en Madrid (1966) después del éxito internacional del *Pabellón de España en Bruselas* (1958). Como Maite Muñoz ha señalado, es un momento en que todos querían ser como ellos. Es precisamente en ese momento de euforia cuando ambos abordan unos proyectos particulares: el de sus propias casas. En 1967, Ramón Vázquez de Molezún diseña una casa de vacaciones para su familia en Bueu, Pontevedra. Y nueve años más tarde, en 1976 (mismos guarismos), José Antonio Corrales proyecta su propia casa en Aravaca, Madrid.

Son dos proyectos muy distintos ya desde su planteamiento: una casa marítima y vacacional, de ocupación ocasional en el primer caso, y una casa periurbana, con voluntad de residencia permanente, en el segundo. Ambos arquitectos las abordan como proyectos individuales, de carácter personal; cada uno, de espaldas al otro. Dada la raíz del proyecto, la colaboración entre ambos queda excluida.

2. Una casa como un barco

Una casa al borde del mar, ocupando los muros existentes de un aljibe de una antigua fábrica. Una casa mínima, diminuta, para una ocupación ocasional. Una casa sin apenas instalaciones, sin red de agua o saneamiento, sin calefacción. Una casa ocasionalmente invadida por el mar en su arranque. Y también: una casa abierta, flexible, en permanente cambio y transformación, con la secuencia de hasta tres adiciones/ modificaciones sucesivas, derivadas de los cambios familiares o aparición de nuevas necesidades. Una casa objeto de numerosos gadgets o inventos, ingeniosos, diseñados y trabajados por el propio arquitecto, que la convierten en un auténtico laboratorio de pruebas, una casa mutante, nunca acabada, en constante proceso de adaptación.



Ramón Vázquez Molezún, casa en Bueu, Galicia

El emplazamiento de la casa de vacaciones que Molezún construye para sí y su familia en Bueu en 1969 es parte de una antigua fábrica de salazones situada en el mismo borde del mar. Se trata de los restos de una pequeña construcción en piedra de unos 70 metros cuadrados de los que se aprovechan los muros y una rampa para embarcaciones. Su destino original eran instalaciones (servicios y aljibe) de la fábrica situada justo enfrente, al otro lado del camino.

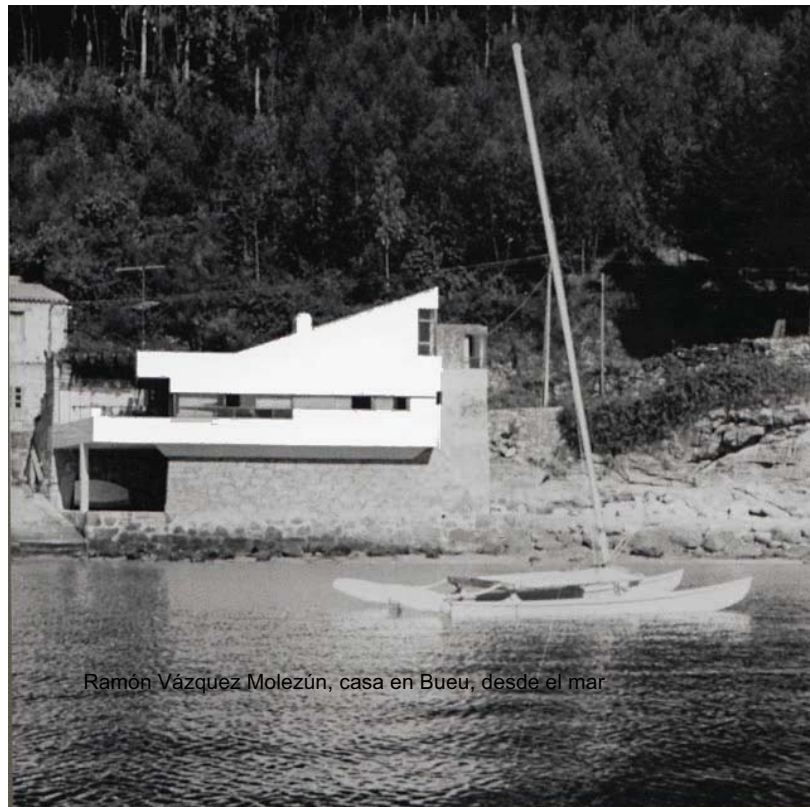
Esta situación sobre la pequeña playa del Beloso con acceso directo al mar, al final del camino que remata esta pequeña edificación sobre la entrada de la ría, el fondo del monte y el bosque de eucaliptos, hacen de esta ubicación un lugar singular, tanto para mirar como para ser visto. El emplazamiento es en esta casa consustancial al proyecto porque está en el origen y causa de sus decisiones más significativas.

La primera de ellas es mantener la actuación dentro de los límites de lo existente. Se respetan los muros de mampostería en todos sus lados: se consolidan en los lados al mar (este, sur y norte), y se levantan en este último lado para crear un elemento en altura como proa hacia la orientación más expuesta. La antigua huella de estos muros es el espacio dedicado a taller y almacén de embarcaciones en la planta más baja, pegada al terreno sobre la roca, y donde también se excavan parcialmente instalaciones como la fosa séptica y el aljibe. En la planta superior, en el antiguo recinto sobre el camino y en la zona previamente elevada, se sitúan dos aseos y una ducha independiente, configurando la mencionada proa.

Del lado al camino, por el contrario, que queda orientado al oeste, los muros se rehacen en piedra aparejada, un cambio de lenguaje que introduce el nuevo volumen desde tierra y la escala más doméstica del nuevo uso: la casa, su patio y su entrada. Las orientaciones son en este caso fundamentales porque configuran una manera de resolver el proyecto desde la máxima eficiencia, algo que es norma en la obra de Molezún y no tan novedoso como creemos entender en la actualidad.



Desde el mar el nuevo volumen no necesita de transiciones: se posa sobre los muros de piedra con sus cubiertas blancas y voladas. El largo hueco horizontal que recorre toda esta fachada acentúa la sensación de ligereza que los vuelos provocan, mientras que la imagen que proyecta nos remite a un trasatlántico. La imagen de un gran barco atracado en el muelle, es una referencia casi inmediata de esta casa-barco que es realmente pequeña. El entorno sobre el que la casa se recorta contribuye a destacar su volumen y a aumentar su escala, debido a la continuidad del malecón de piedra sobre el que se asienta, la fachada neutra de huecos seriados de la fábrica justamente detrás y la masa indeterminada del fondo de eucaliptos.



Ramón Vázquez Molezún, casa en Bueu, desde el mar

La segunda ampliación de la cubierta reforzará aún más esta imagen. El único faldón paralelo al mar, retranqueado respecto de la cubierta existente y que sube hasta morir contra el muro-proa al norte, cambia la idea original de horizontalidad y vuelo e introduce la idea de vela y dirección del viento. Este faldón casi ciego se vacía justamente en la esquina con un largo hueco vertical, que lo desmaterializa y rompe su continuidad con las cubiertas horizontales, devolviendo su ligereza a esta fachada al mar.

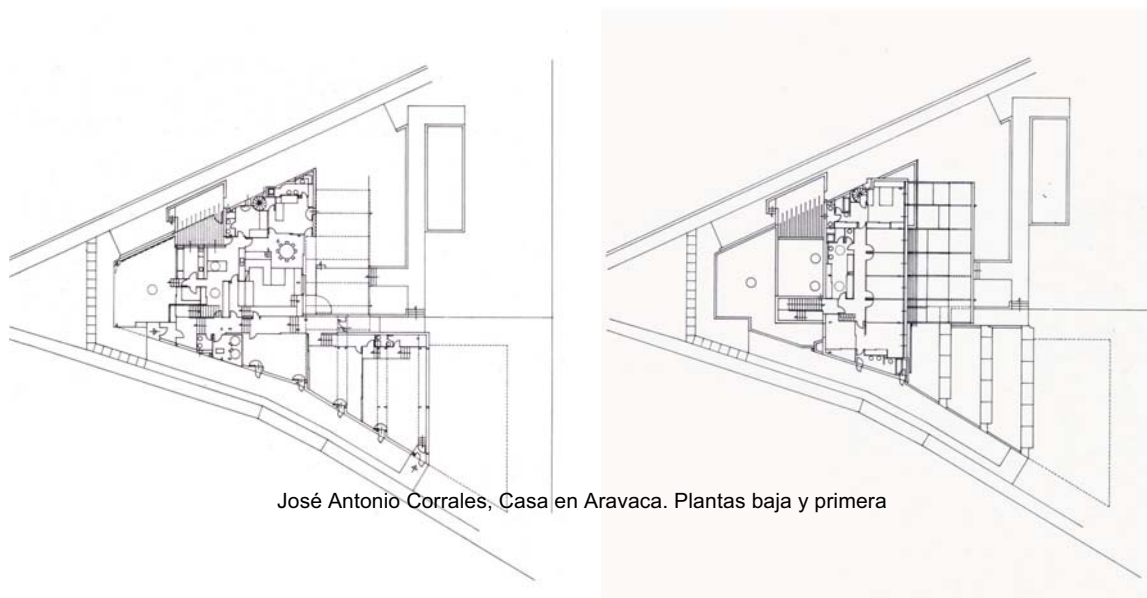
Este faldón casi ciego se vacía justamente en la esquina con un largo hueco vertical, que lo desmaterializa y rompe su continuidad con las cubiertas horizontales, devolviendo su ligereza a esta fachada al mar.

La nueva edificación alberga la nueva casa mínima: estar, cocina-comedor y dormitorios-camarote. En la ampliación se crea un espacio de estar-dormir bajo la cubierta inclinada (la familia de Ramón era numerosa). Todo en apenas 70 metros cuadrados. El programa es estricto y mínimo como para la tripulación de un barco. Los espacios más grandes se reservan a la terraza al sur (el puente), y al almacén y guarda de las embarcaciones. Una larga rampa en dos tramos sirve de acceso a este almacén de embarcaciones desde la carretera.

En esta parte final de la casa y la mejor orientada, es donde se concentra la vida familiar y marinera y donde también se concentran una serie de inventos e ingenios debidos a la afición e indudable talento de Molezún. Carriles grúa para desplazar los barcos desde el camino, al almacén y la playa, una estructura formada por una larga viga empotrada en el forjado que permitía instalar poleas y rodamientos para izar los barcos, un sistema de cables que permitían poner y quitar los toldos y lonas en verano, etc.

La parte más importante de esta serie de inventos se la lleva sin embargo el diseño de las carpinterías y cierres. Realizados en madera, el propio arquitecto se encargó del diseño de todos sus perfiles, que con su aparente sencillez ocultan un cuidadoso estudio. El sistema para el acristalamiento fue el de la ventana corredera Pearson, empleado ya con éxito en la anterior casa Huarte (1966) realizada en colaboración con Corrales. Este sistema de origen inglés y utilizado por la industria del automóvil, permite según palabras de los arquitectos, un acabado muy limpio, ya que la hoja desliza sobre unas ranuras del marco y evita las particiones. Y es el que posibilita la abertura del largo hueco de casi diez metros de la fachada al mar y por tanto la continuidad de la vista que se extiende hasta el horizonte.

Este sistema y algunos otros de los ingeniosos mecanismos creados por Molezún para su casa de vacaciones, como necesidad pero también como divertimento, son parte de esta vivienda y le dan una dimensión experimental, que trasciende su indudable modestia. Experimentación que es reveladora de la personalidad de su autor como también lo es su laboriosidad y espíritu de artesano. Porque Molezún empleaba su tiempo libre en inventar y crear que es cuando se encontraba más a sus anchas, libre y desinhibido, como la propia casa revela. Algunos de estos inventos o no funcionaban o no lo hacían bien del todo, porque como gustaba decir Oiza, en sus características *boutades*, si alguien inventa algo que funciona a la primera, probablemente es que no ha inventado nada.



José Antonio Corrales, Casa en Aravaca. Plantas baja y primera

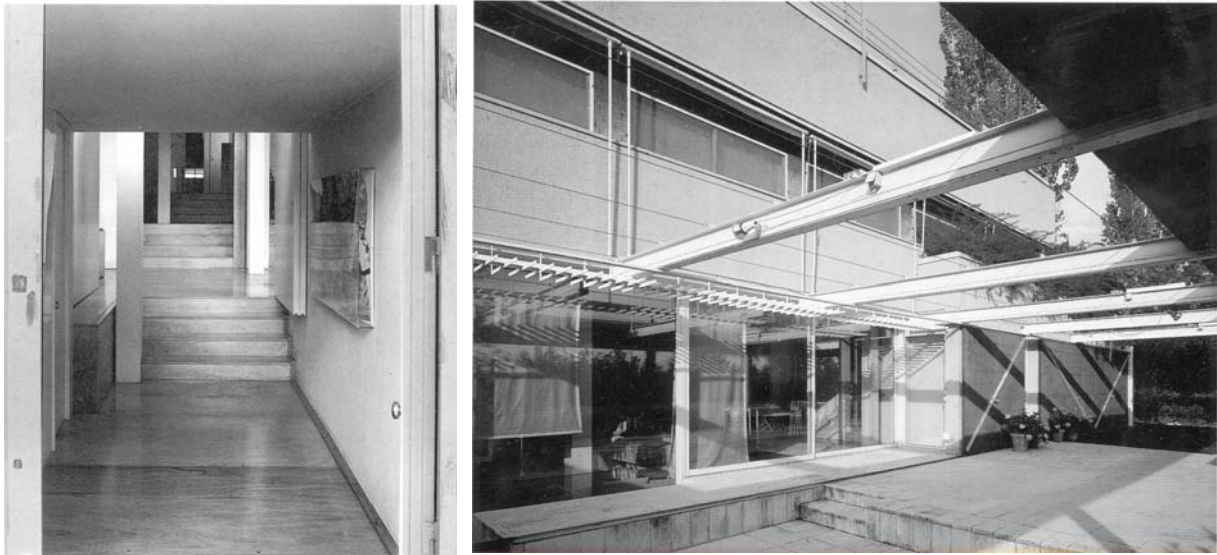
3. Una casa como una máquina

La casa en Aravaca (Madrid) que Corrales diseña para él y su familia en 1976, es un proyecto desarrollado enteramente en el estudio antes de colocar la primera piedra. Es una apuesta clara y rotunda, desarrollada con lógica implacable a partir de una serie de elementales decisiones de partida. Apuesta por la búsqueda de la solución más eficaz y directa, a un menor coste. El proyecto se propone desarrollar una vivienda espacial y constructivamente hasta sus últimas consecuencias, basada en la idea de que un diseño bien planteado y desarrollado en estudio, debe redundar en un proceso de obra mejor y más barato. Idea que se reveló parcialmente verdadera, ya que la respuesta específica elaborada en el estudio demostró en obra un grado mayor de complejidad técnica y constructiva debido a las limitaciones tecnológicas del momento. De hecho su autor afirma que *—yo creía que era elemental y barata, luego no fue así⁵*. Esta lógica implacable del proceso y la enorme fe en las posibilidades del momento, es una actitud que el propio Corrales reconocía había guiado su trabajo durante toda su vida.¹

El proyecto parte de un solar incómodo: triangular y en pendiente, con una normativa que le obliga a separarse de todos sus linderos 5 metros. El área de movimiento de la edificación queda encerrada en una forma trapezoidal poco convencional. La orientación sin embargo es propicia: el sur es el lado del triángulo al interior de la parcela. Como en tantas ocasiones de la arquitectura, estas condiciones un tanto forzadas, dan lugar a un proyecto que saca ventaja de estos aparentes inconvenientes.

La lógica del mejor aprovechamiento del solar implica que la casa se sitúe en el extremo superior del triángulo y ocupe la parcela de manera que deje el mayor jardín posible, aprovechando la buena orientación sur del interior del solar. De aquí se deduce el optimismo de la arquitectura para resolver situaciones difíciles: acceder en el extremo más agudo y más alto del solar no es desde luego una condición favorable. La decisión está tomada también desde la economía: permite pegar la edificación al extremo menos aprovechable y desde aquí desarrollar la casa. Ambos retos son a todas luces premeditados y cuadran bien con la personalidad de Corrales.

Siguiendo con la lógica del proyecto, la casa deberá entrar en el solar, necesita un desarrollo en profundidad para ganar el ancho necesario para alojar el programa. Desde el acceso (rodado y peatonal) en el extremo arranca un corredor que siguiendo la rasante del terreno va bajando unos pocos escalones en sus distintos tramos, niveles a los que van abriendo las diferentes estancias. El corredor se sitúa desplazado a uno de los lados para crear dos zonas en planta: la más ancha al este, aloja el programa doméstico: cocina, comedor, estar, despacho; la más estrecha, al oeste, una serie de espacios como pequeñas naves que abren al jardín en sus diferentes niveles, concebidas para un uso independiente de la vida familiar. A uno y otro lado del corredor estos espacios se suceden en cascada creando una secuencia de independencia y de privacidad en los usos. La riqueza espacial de esta secuencia no es la de un espacio elemental, sino la de una complejidad formal emocionante. El corredor no tiene fin: se interrumpe allí donde termina la casa contra el terreno. Las estancias finales están incluso semienterradas; un porche remata este final, y lo hace de una manera ligera como corresponde a su función, pero también con una cierta riqueza formal y constructiva. De todas las partes de la vivienda, este gran porche es un alarde tecnológico por su sofisticado sistema de cierres. Lo componen tableros correderos de madera de encofrado, que deslizan unos sobre otros por un sistema de railes y que permiten cerrar el porche completamente en verano e igualmente abrirlo a la luz solar oblicua en invierno. Finalmente resta la amplia franja de jardín obtenida gracias a todas las decisiones anteriores, que se banquea hasta la piscina situada en el punto más bajo de la parcela, aquél que no interfiere ni las vistas ni la tranquilidad de las zonas de estar o trabajo (los niños pueden jugar sin ensordecer a los mayores).



José Antonio Corrales, Casa en Aravaca. Corredor interior; Detalle de porche exterior, con tablero deslizante (a la dcha).

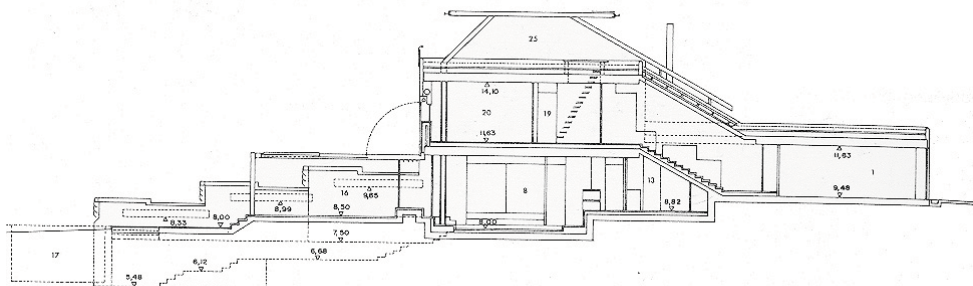
En sección esta cascada de espacios tiene varios cortes de cualidades distintas: el correspondiente a la vivienda muestra estancias de distintas alturas según su función (como en una versión del raumplan loosiano). El del corredor en cuatro tramos e iluminado cenitalmente, señala en cada nivel la privacidad de las estancias a las que se accede (el corredor, por otro lado, es probablemente una de las partes más fotogénicas de esta vivienda). El último corte, el de los locales de trabajo o estudio genera una secuencia escalonada en el alzado jardín y da lugar a una lectura casi industrial de este lado cerrado al oeste.

La situación de la parcela y sus condiciones genera una casa introvertida, volcada en su interior. Un interior sin apenas vistas al exterior, del que solo toma la luz y que por ello se concibe complejo en torno al recurso de los niveles.

Sobre los tres cortes de la sección, se sitúa la articulación del plano inclinado de la escalera a la primera planta que sirve de transición entre los dos niveles. Este plano inclinado se refuerza con la creación de una escalera a cubierta que desemboca en una pérgola para instalar toldos en verano. Los soportes de ésta y las barandillas de aquella se inclinan con el mismo ángulo que la escalera, de forma que la casa se remata con un elemento muy ligero pero muy expresivo dando una réplica perfecta al movimiento en niveles de la planta baja. La pérgola, menos sofisticada que el porche, tiene sin embargo sus mismas connotaciones: ligereza, textiles, o velas, la relación con lo casa mediterránea y el mar. Quizá un guiño a la casa-barco de su amigo Molezún,

La planta primera se plantea como un volumen menor retranqueado de los dos frentes principales. Ocupa exclusivamente la franja o crujía que corresponde a los estares de planta baja y se distribuye en tres zonas: padres, hijos e hijas. Los dormitorios son una serie de estancias todas al sur y los cuartos de baño se compartimentan en áreas: lavabos, tocador, inodoro, ducha. El de los hijos varones (de nuevo una familia numerosa) es un gran espacio con doble puerta para dar paso a sus cuatro usuarios.

La estructura para ordenar los espacios es realmente elemental: una malla ortogonal de dos crujías de pilares metálicos que soporta una losa continua de hormigón. Los pilares están siempre enfrentados de manera que las luces de vigas son iguales. Quiere esto decir que los espacios se adaptan a esta estructura desde el principio, como se demuestra en los croquis que nos han llegado de la casa. En ellos llama la atención la indefinición de algunos espacios (por ejemplo la zona de estar) frente a la claridad del planteamiento estructural con todos sus pilares dibujados. La malla de pilares es independiente de las fachadas, se retranquea y las libera de funciones estructurales. De esta manera las fachadas son libres y pueden alojar complejos sistemas de cierre.



José Antonio Corrales, Casa en Aravaca. Sección longitudinal

La lógica que se impone para la ejecución de este orden de cosas, es la de una racionalidad máxima en la construcción. Es la lógica del prototipo: nace de la estructura y llega hasta los más pequeños detalles.

4. Camas separadas (a modo de conclusiones)

La comparación de ambas casas arroja numerosas ideas compartidas, como no podía ser de otra manera por parte de unos arquitectos que trabajan juntos más de cuarenta años y que, como el propio José Antonio Corrales señalaba, eran capaces de resolver el planteamiento de un proyecto en tres horas de colaboración estrecha. Así, ambos proyectos comparten aspectos como la proximidad del lenguaje, la aproximación topográfica, la importancia de la sección –frente a la más usual de la planta—como estrategia básica de proyecto-, el exhaustivo control espacial y dimensional o el interés por la tecnología. Pero a partir de estos supuestos comunes, nos interesan especialmente sus diferencias, esa línea divisoria que traza la diferente coloración de ambas personalidades en curvas contrapuestas; las casas personales que ambos se diseñan para sí mismos constituyen una inmejorable muestra de sus perfiles más íntimos.

La de José Antonio Corrales en Aravaca es una casa abstracta, seca, sin apenas concesiones, fruto de un rigor de planteamiento que lleva al autor a enfrentarse a sí mismo en una suerte de doble personalidad esquizofrénica en las figuras del Arquitecto-diseñador y la del Arquitecto-cliente—y futuro usuario: “*me planteé hacer una casa para mi mismo, que es una ingenuidad, porque para un arquitecto hacerse una casa es complicado*”.⁶ La lógica interna rige las bases del proyecto; la casa se cierra al exterior, del que toma los elementos mínimamente imprescindibles: topografía, forma (dictada por normativa), huecos de iluminación/ventilación y una cuidada selección de vistas muy controladas. Las fotografías más representativas de la casa de Aravaca son interiores.

El carácter innovador y experimental del arquitecto le lleva a incorporar materiales pensados para muy distintos usos (paneles de encofrado como contraventanas), a importar soluciones de otras tipologías (como el “suelo técnico” de tablero de okumen, accesible y desmontable, con instalaciones revisables, que comenzaba a ser habitual en algunas oficinas) o a diseñar sofisticados sistemas y mecanismos a partir de elementos sencillos (como los tableros de control lumínico, deslizantes y escamoteables bajo la losa de porche).

Como en un prototipo industrial, la casa se estudia en el laboratorio de la oficina, desarrollándola hasta en sus mínimos detalles. Solo una vez finalizado este proceso de definición, la casa puede comenzar a edificarse.

Pero si la casa de Aravaca es abstracta, cerrada y definida ya desde el proyecto, la casa de Ramón Vázquez Molezún en Bueu es por el contrario abierta, flexible, constantemente expuesta a cambios y mejoras; está íntimamente vinculada, no solo al paisaje en que se inserta, sino a las preexistencias físicas (aljibe, rampa, fábrica de salazón), que incorpora al proyecto y que, lejos de manifestarse como un cuerpo ajeno que establece un diálogo con las nuevas adiciones –una estrategia habitual en los proyectos de intervención—quedan felizmente integradas en el conjunto, de manera que ningún observador ajeno podría sospechar una vida anterior propia.

No existe ningún criterio unitario que rija desde el principio toda la operación; el proyecto surge a menudo como una suerte de soluciones individualizadas, sorprendentemente integradas. Un carácter heterogéneo y poliédrico que permite asumir e integrar, sin mayores problemas, las sucesivas transformaciones, adiciones y constantes reajustes.

Aunque comparte con la casa de Corrales un absoluto control de los huecos y vínculos de la casa con el exterior, (motivado aquí quizás por la necesidad de una precisa gestión de la mínima superficie), la casa de Bueu, al contrario que la de Aravaca, se vincula muy directamente al paisaje de la ría; lo hace ya desde su emplazamiento, su relación con la costa y las rocas circundantes, su apropiación de la memoria de la antigua fábrica y, muy especialmente, la captura del perfil del paisaje de la ría en su hueco rasgado horizontal, una ría que además, llega a invadir físicamente el basamento de la casa en las mareas altas. Al contrario de la casa de Corrales, la vista más representativa es exterior, exactamente desde el mar, en que presenta su perfil más náutico junto a un pequeño balandro que la acompaña como un familiar menor.

La ausencia de muchas de las instalaciones más básicas (agua, saneamiento, calefacción), resueltas con sistemas autosuficientes (captación de agua de lluvia de cubierta, fosa séptica y filtrado, chimenea de leña) nos hablan de un habitar primitivo, un homo-faber que diseña, fabrica y transforma constantemente artefactos directos para problemas específicos, a medio camino entre Robinsón Crusoe y el Walden de Henry David Thoreau.

Decía José Antonio Corrales que a Ramón, más que navegar, le gustaba el barco para ensayar nuevas mejoras y adiciones, en las que empleaba cuantiosas horas. Habitar la casa de Bueu era seguramente para Molezún una forma más de experimentar in situ las más variadas invenciones y estrategias para mejorar las casas y facilitar la vida de las personas.

Uno en la precisión y distancia del tablero, el otro en la inmediatez del taller, para ambos la arquitectura era un sacerdocio sin jubilación, la creación un impulso vital tan necesario como la respiración. Ambos arquitectos se murieron sin retirarse del oficio, con las botas puestas.

Por encima de las diferencias y necesidades determinantes de cada proyecto, estas casas de José Antonio Corrales y Ramón Vázquez Molezún constituyen un retrato cabal de ambos autores, tan cercanos... tan distantes.

Notas

- ¹ Corrales, J.A., "Cuestión de Fe", en: Maluenda, A.E. (ed:), España Importa. La difusión de la arquitectura moderna extranjera (1949-1968). Colección textos académicos. Madrid: Mairera, 2011.
- ² Corrales, J.A., Ib.
- ³ Corrales, J.A., Ib.
- ⁴ Corrales, J.A., Ib.
- ⁵ Corrales, J.A., en *Experiencias I*. Ciclo de conferencias, demarcación de Zaragoza del Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón, el 2 de marzo de 2006.
- ⁶ Corrales, J.A. Ib.

Bibliografía

- Maluenda, A.E. " España Importa. La difusión de la arquitectura moderna extranjera (1949-1968)".. Colección textos académicos. Madrid: Mairera, 2011.
- Lapuerta J.M "Ramón Vázquez Molezún" *Refugio de verano en Bueu (España)*. AV Monografías "Casas de maestros" nº 132, Madrid 2008.
- Bravo R, Cánovas A. "*Corrales y Molezún . Medalla de Oro de la Arquitectura 1992*" Edición a cargo del CSAE, Madrid 1993

Biografías de los autores

Rafael Guridi Garcia. es Doctor Arquitecto, Profesor de proyectos arquitectónicos en la ETSAM (UPM) desde 1998 y profesor de teoría y técnicas de Restauración (ETSAM, UPM) desde 2010. Miembro fundador del grupo de investigación de Teoría y Crítica de la Arquitectura Moderna y Contemporánea (dirigido por Anton Gonzalez Capitel), e investigador de la Red PHI (Patrimonio Histórico-Cultural Iberoamericano). Su tesis doctoral, sobre Hans Scharoun y la vanguardia alemana de los años 30, (leída en 2008), obtuvo sendas menciones de honor en los premios bianuales de tesis de doctorado de la UPM y de la Fundación Arqutesis- Caja de Arquitectos

Cristina Tartás Ruiz. es Arquitecto. Desde 1999 a 20012 ha impartido docencia de expresión gráfica y proyectos arquitectónicos en diversas universidades, tanto públicas (Alcalá de Henares, ETSAM/ Madrid) como privadas (SEK-Segovia). Investigadora de la vanguardia europea (y en especial la alemana), en la actualidad ultima su tesis sobre los Hermanos Wasili y Hans Luckhardt en Berlin, bajo la dirección de Carmen Espejel. Es asimismo miembro de la red PHI.